vuestro pecado." Decia esto porque, como ellos tenian conocimiento de las Escrituras que debia darles el del Mesías, si no le veian, era solo porque no querian verle.

Hasta en estas palabras severas se siente la misericordia de su alma; pero aun quiso manifestarla mas, y presentó á los judíos aquellas tiernas figuras de las puertas del redil, y del buen pastor, en las que resumió todas las instrucciones que acababa de dar contra los fariseos, pero en beneficio de los mismos fariseos, si ellos lo hubieran querido, y de todas las ovejas perdidas de la casa de Israel.

"Yo soy la puerta del aprisco. Quien por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos. El ladron no viene sino para hurtar, y para matar, y para destruir: yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en mas abundancia.

"Yo soy el buen pastor: el buen pastor da su vida por sus ovejas; mas el mercenario, que no es el pastor, y á quien no pertenecen las ovejas, ve venir al lobo, las deja y huye, y el lobo las arrebata y las dispersa. El mercenario huye, porque está asalariado y porque no tiene parte en las ovejas. Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas y las mias me reconocen. Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre, y doy mi alma por mis ovejas.

"Tengo tambien otras ovejas que no son de este aprisco: es necesario que yo las atraiga, y oirán mi voz, y no habrá sino un solo aprisco y un pastor."

Pero era necesario que aquel sacrificio que con tanta frecuencia habia anunciado, y que aún seguia anunciando, no pudiera considerarse un dia, ni como un acto de heróica locura, ni como un sacrificio forzoso é involuntario; y por eso, al terminar aquellas enseñanzas, declaró dos cosas: la primera, que moria para cumplir la voluntad de su Padre; la segunda, que era árbitro de dejar ó no dejar la vida, y de recobrarla despues de haberla dejado: "Por eso me ama el Padre: porque yo dejo mi alma para volverla á tomar. No me la quita ninguno, sino que yo la doy por mí mismo: poder tengo para dejarla, y poder tengo para recobrarla. Este mandamiento recibí de mi Padre."

¡Oh divinos fulgores del misterio de la Redencion, que nos harian comprenderlo, si el empedernido corazon del hombre pudiera comprender el amor de Dios!

LIBRO V.

CONVERSACIONES Y PARABOLAS.

CAPITULO XVIII.

Mision de los discípulos.—El samaritano, Marta y María.

Jesus se retiró á los confines de Judea, ó á Galilea, ó á la comarca conocida con el nombre de Perea, que estaba bajo el imperio de Herodes Antipas, pero léjos del punto en que él vivia, y donde, por lo tanto, los poderosos de Jerusalen no tenian autoridad. Creese generalmente que entónces eligió Jesus á los setenta y dos discípulos para que fueran á predicar, anticipándose á El, y dos á dos, en los pueblos que El iba á visitar. El número de setenta y dos significa la universalidad de las naciones, y así como la luz recorre el universo y lo ilumina en veinticuatro horas, así, dice San Agustin, el cuidado de iluminar al universo por el Evangelio de la Trinidad se confia á setenta y dos discípulos, porque veinticuatro multiplicado por tres forman setenta y dos. Jesus los envió dos á dos, porque hay dos preceptos de caridad: el amor de Dios y el amor del prójimo. Aquel que no tiene caridad con el prójimo, no debe ser encargado del ministerio de la predicacion. Por otra parte, es antiquísima esa asociacion de dos personas para el servicio de Dios. Dios libertó á Israel por la asociacion de Moisés y de Aaron, y está ademas escrito: *Un hermano á quien sostiene otro hermano es como un pueblo fortificado.*

Jesus dió á los nuevos misioneros instrucciones semejantes á las que habian recibido los Apóstoles, con la facultad de curar á los enfermos y de arrojar á los demonios. Este es el complemento de la fundacion del apostolado.

"Hé aquí que yo os envío como corderos en medio de lobos....En cualquiera casa que entrareis, primeramente decid: la paz sea en esta casa....Y permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que en ella se os diere, porque el trabajador digno es de su salario....Y curad á los enfermos que en ella hubiere, y decidles: Se ha acercado á vosotros el reino de Dios. Mas si en la ciudad en que entrareis no os recibieren, saliendo por sus plazas, decid: Aun el polvo que se nos ha pegado de vuestra ciudad sacudimos contra vosotros....Os digo que en aquel dia habrá ménos rigor para Sodoma que para aquella ciudad....Quien á vosotros oye, á Mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á Mí me desprecia. Y el que á Mí me desprecia, desprecia á Aquel que me envió."

Volvieron los setenta y dos muy gozosos, diciendo: "Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre;" pero Jesucristo les respondió con una severidad dulce, y de modo que se mantuviera en ellos la humildad: "Veis que os he dado potestad de pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre todo el poder del enemigo: y nada os dañará. Mas no os glorieis porque los espíritus os están sujetos: ántes gloriaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos." Al mismo tiempo, y ante la idea de la dicha de aquellos á quienes amaba, se regocijó en el Espíritu Santo, y dijo: "Te glorifico, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondistes estas cosas á los sabios y entendidos, y las has revelado á los pequeñuelos." Por último, para señalar que dispone de todo como el Padre, añadió: "Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni sabe quién es el Padre sino el Hijo y aquel á quien lo quisiere revelar el Hijo."

Dijo tambien á los discípulos: "¡Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos Profetas y Reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oir lo que oís, y no lo oyeron."

Y, por fin, dirigiéndose á la multitud, á los que han existido en la série de los tiempos, á nosotros que existimos ahora, á los que existen hasta el fin de los siglos, esclamó: "Venid á Mí todos los que sucumbís bajo el peso del trabajo y del dolor: Yo os aliviaré. Tomad mi Cruz, y aprended de Mí, porque Yo soy manso y humilde de corazon, y en mí encontrareis el descanso de vuestras almas, porque mi yugo es dulce y mi carga ligera."

San Agustin hace que resalte la profundidad de estas palabras: los que toman el yugo de Jesus, dice, tienen que soportar tales angustias, que se figuran haber pasado, no del trabajo á la tranquilidad, sino al contrario, de la tranquilidad al trabajo; pero con ellos se halla el Espíritu Santo, que renueva sin cesar al hombre interior en medio de las ruinas del hombre esterior, y que con la abundancia de las delicias de Dios fortalece al hombre abatido: los que aman no sufren.

Así se nos aparece Jesus, siempre dulce, humilde, compasivo, divino, prodigando los llamamientos de su amor inmenso y las protestas de su dependencia, á medida que multiplica las pruebas de su soberanía universal.

Aquel mismo dia, un doctor de la Ley, que seria probablemente uno de aquellos charlatanes mal intencionados que estaban recorriendo la Judea para desacreditar á Jesus, le dijo con intencion de tentarle: "Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna?" Esperaba que Jesus dijese alguna palabra que pareciera contraria á las de Moisés; pero Jesus le respondió: "¿Qué hay escrito en la Ley? ¿Cómo lees?" De este modo Jesus le obligaba á darle una respuesta evangélica, probándole por su parte que al citar el testo de la Ley desconocia su sentido. El doctor repuso: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu entendimiento, y á tu prójimo como á tí mismo." Al oir esto Jesus, dijo: "Bien has respondido: haz eso, y vivirás."

Pero el doctor, al querer vanagloriarse por su justificacion, mostró que no habia comprendido lo que acababa de decir, preguntando á Jesus: "¿Y quién es mi prójimo?" Con esto descubrió á un mismo tiempo que su primera pregunta era capciosa y que no tenia ningun amor hácia el prójimo, puesto que no creia que nadie fuera su prójimo. Aquel doctor conoce perfectamente lo que debe hacer para alcanzar la vida eterna, pero no conoce el sentido de ninguna de las palabras que pronuncia: solo se ama á sí propio; en su corazon hay completo vacío del amor de Dios, porque si no ama á su hermano á quien ve, no puede amar á Dios á quien no ve. "Aquel doctor, dice San Cirilo, desconoce á su prójimo porque no cree en Jesucristo, y quien no conoce á Jesucristo desconoce la Ley y desconoce la verdad, porque no puede conocer la Ley que anuncia la verdad."

Jesus, contestando al doctor, añadió: "Un hombre bajaba de Jerusalen á Jericó, y dió en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron: y despues de haberle herido, le dejaron como muerto y se fueron. Aconteció, pues, que pasaba por el mismo camino un sacerdote: y cuando le vió, pasó de largo. Y asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó tambien de largo. Mas un samaritano, que iba su camino, se llegó cerca de él: y cuando le vió, se movió á compasion. Y acercándose le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino: y poniéndolo sobre su bestia, lo llevó á una hospedería y tuvo cuidado de él. Y al otro dia sacó dos denarios y los dió al mesonero, y le dijo: "Cuídamele: y cuanto gastares de mas, yo te lo daré cuando vuelva." ¿Cuál de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel que cayó en poder de los ladrones?—Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia.—Pues vé, le dijo Jesus, y haz tú lo mismo."

Aquel hombre que salia de Jerusalen, *la vision de la paz*, dirigiéndose hácia Jericó, *la ciudad del mal*, representa á Adan, al género humano que ha dejado la patria por el destierro, que desciende de las alturas luminosas y se dirige hácia la region de las tinieblas, encontrando en ellas á los hijos del crímen que le despojan le maltratan y le hieren. Se halla moribundo, no tiene fuerzas para levantarse del polvo, y con su libre albedrío degradado, no puede volver á encontrar la vida eterna que ha perdido. Héle aquí, pues, rendido, humillado, cubierto de llagas: el sacerdote Aaron le ve, no puede hacer nada por él, y sigue adelante; el levita Moisés le ve, no puede hacer nada por él, y tambien sigue adelante. Ni la Ley ni los Profetas pueden curar al género humano, porque si la Ley da á conocer el pecado, no logra abolirlo. Por eso, aun cuando el sacerdote y el levita sientan un impulso compasivo, la dureza de su corazon lo ahoga en el instante, y pasan llevándose consigo la Ley que no cumplen, y que en vano les dicen que amen á su prójimo como á sí mismos: no aman á su prójimo porque no aman á Dios, y á causa de esa dureza, y sin conocerlo, son enemigos de sí mismos.

Por fin llega un samaritano, si estraño por la raza, prójimo por la compasion. Samaritano quiere decir *guardador*, y el mismo Jesus es samaritano, y de Jesus se ha escrito: "Aquel que guarda á Israel no dormirá ni se adormecerá nunca." Cuando á Jesus se llamó samaritano y poseido del demonio, negó que fuera poseido, pero no protestó contra el nombre de samaritano, que le daba uno de sus títulos, el de

guardador de los enfermos. El samaritano de la parábola iba de viaje, y Jesus fué realmente un viajero que descendió por nosotros á la tierra sin desviarse de su camino, siendo el objeto de su viaje el de curar al género humano humillado, herido, moribundo. Hízose nuestro prójimo al tomar nuestra naturaleza, se aproximó á nosotros por su misericordia, y aunque la distancia que tenia que atravesar era inmensa, porque no puede haber cosas mas separadas que Dios y los hombres, la Sabiduría divina, para aproximarse al hombre, creó el milagro de Jesus. Poseyendo en Sí la justicia y la inmortalidad, viendo en nosotros el pecado y la muerte, Jesus no tomó nuestros dos males, que le habrian hecho semejante á nosotros y le hubieran puesto en el caso de ser libertado como nosotros; pero, á fin de hallarse cerca de nosotros y de no ser lo que nosotros somos, se hizo mortal sin hacerse pecador, y cargando con el castigo sin cargar con la culpa, abolió la culpa y el castigo.

El samaritano, como se ha visto, venda las heridas despues de haber vertido en ellas el óleo y el vino; el óleo de la misericordia, que suaviza las llagas; el vino de la justicia, que acaba con el principio corruptor: el óleo, que es el consuelo de la esperanza; el vino, que es, cita el fervor: el óleo, que representa la naturaleza humana del médico, y el vino, que representa su naturaleza divina. Porque Jesucristo obró unas veces divinamente, otras humanamente; derramó el óleo y el vino, salvándonos por su Humanidad y por su Divinidad; enseñándonos tambien á unir la severidad á la dulzura, de modo que no seamos ni heridos por un esceso de rigor, ni escitados á la negligencia por un esceso de blandura. Y despues de curar nuestras heridas, Jesus las vendó, imponiéndonos así el freno de una ley mas severa, sin la cual no podemos volver á encontrar nuestra salud.

El samaritano pone al enfermo en su caballo, como el buen Pastor lleva sobre sus hombros á la oveja descarriada. Jesucristo destruye la enfermedad de nuestra carne, y bajo la figura del samaritano abre aquellos brazos en los cuales seremos llevados al seno de la Iglesia donde se acabará nuestra curacion.

La Ley no recibia á todos los hombres: estaba escrito que el moabita y el amonita no entrarian en la Iglesia de Dios; pero desde el tiempo de Jesus la Iglesia es la hospedería abierta á todo aquel que quiere creer. Venid, hombres de cualquier nacion que seais; venid hombres cargados de todas las miserias: venid al bautismo de Dios, al festin de Dios, á la amistad de Dios, porque el samaritano no se con-

tenta con dejar al herido en la hospedería, sino que permanece con él y le cuida: *Duxit in stabulum, et curam ejus egit.*

Sin embargo, el samaritano no podia quedarse allí, y al dia siguiente da al hostalero dos denarios de plata, y le dice: "Ten cuidado de este hombre, y lo que tú suplas por él yo te lo daré á mi vuelta." Aquellos dos denarios son los dos Testamentos que representan la imágen del Rey Eterno y en los cuales encuentra la Iglesia el premio infinito de su infinita caridad; son tambien los dos mandamientos del amor de Dios y del amor del prójimo que recibieron los Apóstoles para evangelizar al mundo; son la promesa de la vida presente y de la vida futura: *Hoc fac et vives.* Aquellos dos denarios representan tambien, dice Orígenes, el conocimiento del misterio por el cual el Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Padre; y la Iglesia recibe esa inteligencia en recompensa de los cuidados que da al hombre que le ha sido confiado, y de quien el mismo Salvador cuidó durante algun tiempo.

"Y lo que tú suplas, yo te lo devolveré á mi vuelta." Esto se dice porque aquel hostalero, aquel nuevo sacerdote, no es mercenario que da los servicios cuyo precio se le paga, ni el instrumento casi maquinal que no hace mas que lo que se le ha señalado que haga. Los Apóstoles, llenos del espíritu de Dios, añadieron al precepto el consejo, y pusieron sobre el deber la corona de la perfeccion: aunque les fué permitido vivir con el Evangelio, vivieron con el trabajo de sus manos, y buscaron la cruz, de la que podian haber huido; pero el hombre nunca puede ser mas generoso que Jesus: "A mi vuelta te la daré," dijo Jesus. Y aquella vuelta será el dia del juicio, en el que Jesus pagará sin medida á los que sin medida le hayan servido.

Despues de aquella narracion, Jesus interroga al doctor, preguntándole: "¿Quién ha sido el prójimo?" y el doctor, con todo el orgullo de su conocimiento de la Ley, tiene que convenir en que ni el sacerdote ni el levita que vivian bajo la Ley supieron hacer lo que ordenaba la Ley, siendo el samaritano el único que cumplió sus prescripciones. Todo desgraciado es nuestro prójimo, y nada valen la dignidad del sacerdocio ni la ciencia de la Ley si faltan las buenas obras: quien practica la misericordia, ese, es el que cumple con la Ley.

Otras circunstancias movieron al Salvador á repetir sus instrucciones sobre la oracion, de cuya fuerza nos ha dado ya elocuente ejemplo la Cananea. Todo le servia de ocasion para instruir, y se apresuraba á hacerlo pronunciando esas palabras creadoras que han revelado á los hombres la vida espiritual é instituido la caridad. Al mismo tiempo lanzaba terribles anatemas contra la hipocresía, el orgullo, la dureza de corazon de los fariseos y de los doctores, y por caridad hácia aquellos que se estraviaban, y por compasion hácia aquellos mismos fariseos, tratábales como ellos acostumbraban á tratar á los pecadores: insistia sobre todo en pintarles tales cuales eran para dar una leccion á su Iglesia, á fin de que nunca se corrompiera en ella la verdad. En efecto, así la ha puesto al abrigo de ese peligro: hanse visto y pueden verse fariseos en el cristianismo, porque en la especie humana caben todos los vicios; pero nada es mas estraño y mas contrario que el farisaismo á las costumbres y á las doctrinas de la Iglesia.

En aquellos momentos pronunció Jesus una palabra que debe señalarse entre las mas profundas que hayan salido de los labios del Hombre-Dios.

Pasando por Betania, Jesus entró en casa de una mujer llamada Marta, hermana de aquella María Magdalena perdonada, segun se ha visto, en el banquete del fariseo Simon. Marta, solícita, se ocupo al momento de la comida que queria ofrecer al Húesped y á los discípulos, y miéntras iba y venia de uno á otro lado, María, sentada á los piés del Maestro, le estaba escuchando, porque Jesucristo, como ejemplo para los Apóstoles, no habia entrado solo para tomar descanso, sino tambien para instruir. Marta se presentó á Jesus, diciendo: "¿Señor, no ves cómo mi hermana me ha dejado sola para servir? Dile, pues, que me ayude." Pero Jesus la respondió afectuosamente: "Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y por muchas cosas te fatigas. En verdad, una sola es necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada."

De todas las palabras que pronunció Jesus en aquella casa, el Espíritu Santo solo nos ha conservado esas que espresan la única cosa necesaria para la dicha presente y eterna del alma: única cosa sin la cual todo lo demas no es sino vano tormento ó alegría passagera. Jesus no censuraba el celo de Marta que quiere servirle, pero la advierte que todo lo que se haga por Dios debe hacerse con humildad, que nada es mas oportuno y prudente que escuchar á Jesucristo. Con solo esas palabras eleva la vida contemplativa á mayor altura que la vida activa, por digna de alabanza que esta sea: la vida contemplativa es la verdaderamente fecunda para el cielo, y la que aun en la tierra produce las grandes obras. La contemplacion de Dios hace

conocer la hermosura, la hermosura enciende el amor, y el amor da esa ardiente llama, ese fuego vivo que produce el sacrificio. Todos los Santos han contemplado á Dios, y por esto han querido vivir y morir por El. Marta sirvió al Señor, pero María le contempló, y María ha de hallarse al pié de la Cruz.

CAPITULO XIX.

La mujer encorvada.—Los banquetes.—El hidrópico.—Leccion á los fariseos.

Nada mas opuesto á la contemplacion que el amor á las riquezas y los vulgares cuidados que ese amor engendra. Llegóse un hombre á pedir á Jesus que dividiera una herencia entre él y su hermano; pero Jesus no quiso hacerlo, diciéndole: "Guárdate de la avaricia; no es la abundancia de los bienes lo que hace que vivan los hombres." Y con este motivo propuso la parábola del rico avariento, á quien Dios pide su alma, y que solo piensa en agrandar sus graneros.

Insistia mucho sobre la limosna, sobre la confianza en Dios, sobre la humildad, sobre la penitencia; y todas aquellas breves y dulces palabras de Jesus han llegado á ser otras tantas nuevas leyes de la sociedad cristiana. Jesus mezclaba tambien con ellas profecías concernientes á la Iglesia, al segundo advenimiento, á la reprobacion y á la vuelta á la fé de los judíos.

De este modo enseñaba constantemente; pero ponia empeño particular en hacerlo el dia del sábado en la Sinagoga, á donde el pueblo acudia para oirle, siendo este un motivo perpetuo de cólera para los fariseos.

Un dia, hallándose en la Sinagoga, vió en el auditorio á una mujer á quien cierto espíritu de enfermedad, como dice el Evangelio, tenia encorvada hacia diez y ocho años, sin que pudiera mirar hácia arriba. Llamóla Jesus, y la dijo: "Mujer, libre estás de tu enfermedad;" y, en efecto, su cuerpo se enderezó, y ella glorificó á Dios. El gefe de la Sinagoga montó en cólera al ver aquello; pero no atreviéndose á atacar á Jesus, cuyas respuestas temia, descargó su cólera en la enferma curada y en el pueblo que manifestaba su alegría, diciéndole: "Seis dias hay en que se puede trabajar; venid, pues, en estos, y que os cure, pero no en sábado."

A pesar de su habilidad, el fariseo no se libró de la reprimende: "Hipócritas, dijo el Salvador: ¿quién de vosotros no desata el sábado su buey ó su asno del pesebre y lo lleva á abrevar? Y esta hija de Abraham á quien tuvo ligada Satanás diez y ocho años, ¿no convendria desatarla en dia de sábado?"

Sea á causa de la trasgresion de Adan, que ha introducido en el mundo las enfermedades y la muerte, sea á causa de sus propios crímenes, aquella mujer sufria por la malicia del demonio; y el demonio tiene este poder, á fin de que los hombres procuren ser mejores. El demonio es malo, quiere hacer malos á los hombres, quiere quitarles la posesion del cielo, á fin de que sufran y no esperen, y les inclina hácia la tierra como los brutos. La cabeza del hombre ha sido formada para mirar al cielo, y á aquella mujer, que no podia mirarlo, Jesus la llama, la toca, y la dice: "Estás libre." Ahora, hija de Abraham, mira al cielo; el demonio ya no tiene imperio sobre tí; tus ligaduras se han roto. Y ella se levanta y glorifica á Dios.

Semejante á aquellos que se enfurecieron contra el ciego de nacimiento, el gefe de la Sinagoga, testigo del milagro, solo pensó en la gloria que de él iba á resultar para Jesus. Hubiera preferido que aquella mujer permaneciera otros diez y ocho años encorvada bajo su enfermedad, con tal que Jesus no fuera glorificado; y en él se ve á todos los gefes de todas las Sinagogas, á todos los maestros y á todos los discípulos de todas las escuelas del error. Esos hombres prefieren, al bien que la Iglesia puede hacer á los pueblos, el que la Iglesia no sea glorificada, y sobre todo no quieren que la Iglesia corrija á los hombres y les haga dirigir sus miradas al cielo. Unos niegan esto á pretesto del mismo servicio de Dios; otros dicen que el hombre vive mejor encorvado hácia el suelo, y todos emplean siempre los sofismas, y, cuando pueden hacerlo, emplean la fuerza para impedir que los pueblos se dirijan á Jesucristo ni el dia del sábado ni ningun otro dia: temen, sobre todo, que el hombre oiga estas palabras: *Sursum corda!* Y al mismo tiempo que pretenden apagar la luz del Evangelio, quieren acabar con su yugo: desatarán al buey y al asno, es decir, al instinto brutal, y les llevarán al abrevadero que han preparado, á las aguas turbias que apagan la razon y obligan á odiar la luz del dia; y cuando hayan comunicado al hombre el gusto del fango y el amor á las tinieblas, le dirán: ¡Ahora es cuando ves! ¡Nosotros te hemos hecho libre! ¡Trabaja para nosotros!

Jesucristo enseña á la Iglesia á que no tema. Hagan y digan sus

enemigos lo que quieran, la Iglesia hablará, obrará, perfeccionará la obra de la caridad; á despecho de las amenazas y de los hechos de los impíos, la Iglesia derramará la verdad y la luz del dia, y ya sabe, aunque llegue á subir al cadalso, que Jesus la dijo: "Vé á sufrir, vé á triunfar."

Pocos dias despues Jesucristo provocó de nuevo á sus adversarios. Entró en dia sábado para comer pan en la casa de uno de los gefes de los fariseos; todos los que en ella habia le observaban en silencio, y entre ellos se hallaba un hidrópico. De pronto Jesus, dirigiéndose á los doctores, les dijo: "¿Es permitido curar el sábado?" Los interrogados se callaron, y entónces Jesus cogió por la mano al hidrópico, le curó y le despidió, diciendo á los fariseos, cuyos pensamientos conocia. "¿Quién de vosotros, si su buey ó su asno se cae en un foso el dia del sábado, se retira sin sacarle de allí?" Los fariseos nada respondieron.

Este es el cuarto banquete en que vemos á Jesus, y en él, como en los otros tres, dispensó grandes misericordias y dejó grandes enseñanzas: iba á las fiestas, porque tambien en ellas se necesitaba su presencia, y porque los que á ellas asistian no iban á buscarle. Queria salvar á los mismos fariseos, y llevaba el beneficio de su presencia á sus criados y siervos, á quienes ellos no permitian que fueran á su encuentro. San Agustin dice que aparecia corporalmente en medio de los festines y de las alegrías del mundo, como ahora se presenta á nuestra mente, para recordarnos dónde están el verdadero festin y la verdadera alegría.

Los fariseos recibian de buen grado al Señor á causa de su fama, y aun solian invitarle; pero, en vez de escuchar sus palabras, las fiscalizaban. Jesus lo sabia; Jesus vió su satisfaccion cuando el hidrópico avanzó y fué á colocarse delante de El, siendo un modelo de la fé en su muda y perseverante oracion; Jesus conoció que los fariseos se decian: "¿Qué hará? Si cura á este enfermo, le acusaremos de haber violado el sábado; y si no le cura, claro es que no puede tenérsele por tan poderoso y misericordioso como se lo figura el pueblo imbécil."

Jesus, sin embargo, con una sola palabra, y como ya lo habia hecho otra vez, desbarata todos los cálculos de su astucia: "¿Es permitido curar el sábado?

Los fariseos no se atreven á decir nada, porque esa cuestion, que ellos resolvian unánimemente contra Jesus, era entre ellos objeto de

controversia, asegurando algunos que, á no ser por peligro de muerte, no deben darse remedios el sábado, miéntras otros eran ménos intransigentes; Jesus muestra á todos que no necesita de su permiso y que no teme su odio: enseña que se santifican bien las fiestas consagrándolas á la caridad, y que no hay que cuidarse del escándalo de los insensatos y de las murmuraciones de los malvados cuando se trata de las obras de Dios. Recompensa tambien la fé de aquel hombre que espera humildemente, y que solo suplica mostrando su enfermedad; y por fin, Jesus, cogiendo por la mano al enfermo, le cura. Hé aquí el crímen que los fariseos esperaban; pero Jesus oye lo que los fariseos no se atrevian á articular, y les dice: "Si se tratara de vuestro buey ó de vuestro asno, no os acordaríais del sábado."

Nómbrase aquí al buey y al asno para renovar en el espíritu de los fariseos la profecía de Isaías, dándola su interpretacion: "El buey ha conocido á aquel á quien pertenece; el asno ha conocido el establo de su amo: Israel no me ha conocido." El buey atado al yugo es el pueblo judío, cuya cabeza se habia inclinado bajo el yugo de la Ley; el asno es el símbolo del gentilismo sujeto á todos los errores. Aquel que viene á sacarles del hoyo en que han caido, es quien cura toda enfermedad, liberta de todo cautiverio, disipa todas las tinieblas. Lo que los fariseos hacen por avaricia, Jesus lo hace por caridad.

La avaricia era el gran vicio de los fariseos, y la hidropesía es la enfermedad que la representa. El hidrópico se halla abrasado por una sed inextinguible; una parte de su cuerpo se hincha horriblemente, la otra se seca, y de aquel cuerpo, en que todo es impureza, sale un aliento fétido. Ese es el avaro, siempre sediento, nunca satisfecho, pobre en el seno de la abundancia, que solo aspira á beber ese brebaje de oro que le hincha y que le seca. San Pablo dice que la avaricia es una idolatría; y ¿quién podrá curar ese mal? Jesucristo puede curarlo; pero es preciso pedirselo como se lo pidió el hidrópico: manteniéndose con humildad en frente de El. *Erat ante illum*, dice el Evangelio, indicando con una brevedad divina la constancia en la oracion y la firmeza de la esperanza en aquel hombre que queria ser curado. Fué allí sin que se le invitara; se mantuvo allí desafiando las miradas burlonas y esperando la mirada que debia libertarle, y así enseñó al mundo á pedir y obtener milagros. Por eso Jesus le cogió por la mano, le curó y le despidió.

La asquerosa enfermedad que aquel hombre llevaba en su cuerpo era la que los fariseos tenian en su alma, y á fin de curarles y de

aplicarles el remedio, Jesus les dió la hermosa leccion de no colocarse por sí mismos en los primeros puestos, como lo hacian siempre; "porque todo el que se ensalce será humillado, y todo el que se humille será ensalzado." Recomendóles tambien que dieran festines á los pobres mejor que á los ricos, porque si los ricos remuneran lo que se les da, Dios es quien remunera lo que se da á los pobres.

Al oir esto, uno de los convidados esclamó: "Bienaventurado aquel que se halle en el festin del reino de Dios," y Jesus respondió por la parábola de los que se niegan á ir al festin del padre de familias. Aquellos á quienes el Padre invita primeramente, alegan varios pretestos y no van; y así es cómo el cuidado de las cosas temporales separa á los hombres de las cosas de Dios, por lo cual ha de decir el Apóstol que todo en este mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, orgullo de la vida. El padre de familias manda reunir entónces á todos los pobres, á todos los ciegos y hasta los vagamundos que rondan por los caminos, y quiere que se les haga entrar para que la casa se llene. Esta es la profecía de la vocacion de los gentiles y de la multitud de los pecadores que han de participar del festin de Dios, porque lo que los soberbios rechazan, lo obtienen los humildes. "Salid, dijo el Padre de familias, á las plazas y á las calles de la ciudad, y traedme acá cuantos pobres y ciegos hallareis." Hé aquí el famoso *compelle intrare* que tanto ha sublevado á los herejes y que tanto ha escandalizado á la falsa sabiduría de gran número de ortodoxos. Los gentiles han venido de las plazas y de las calles, dice San Agustin, pero los herejes se encuentran en otros puntos, y no quieren que se les obligue á entrar, negando que el *compelle intrare* proceda de Dios. De Dios, de su misericordia, dice San Gregorio, procede esa dulce violencia, y por la violencia entran en la Iglesia aquellos que, desgarrados por las adversidades del mundo, se acogen al amor de Dios libertándose de la sentencia fulminada por Jesus: "Os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena."

Dirigiase Jesus á Jerusalen con motivo de la fiesta de la Dedicacion, cuando algunos fariseos salieron á su encuentro, aconsejándole que huyese, porque Herodes queria matarle; pero Nuestro Señor, conociendo sin duda que Herodes mismo era quien le enviaba aquella gente oficiosa, díjola: "Id, y decid á aquella raposa que yo lanzo demonios y hago perfectas curaciones hoy y mañana, y el tercero dia consumaré el sacrificio con mi muerte. Pero es necesario que yo an-

de hoy y mañana y otro dia, porque no cabe que un Profeta muera fuera de Jerusalen."

Al espresar aquel pensamiento, mas conmovido por el castigo que esperaba á la Jerusalen culpable que por su propio suplicio, dejó libre curso á todo su amor y á todo su dolor: "¡Jerusalen, Jerusalen, que matas á los Profetas y apedreas á los que son enviados á tí! ¿cuántas veces quise juntar tus hijos, como el ave sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste?"

Los fariseos de Jerusalen, resueltos á acabar con El, se le acercaron en el templo, haciéndole una de aquellas preguntas capciosas que meditaban para perderle: "¿Hasta cuándo nos tienes en suspenso el alma? Si tú eres Cristo, dínoslo abiertamente."

Ellos sabian perfectamente lo que preguntaban, y hacia largo tiempo que Jesus les habia satisfecho en ese punto; pero solo trataban de comprometerlo. Todo el mundo esperaba un reinado temporal de Cristo; de modo que si Jesus contestaba: *Yo lo soy*, por aquella sola palabra se constituia en estado de rebelion contra el poder de los romanos; y si se callaba, la incredulidad encontraba un arma fuerte en su silencio.

La pregunta de los fariseos era, pues, muy propia para poner en compromiso la prudencia del hombre; pero los fariseos no habian contado con la Sabiduría divina, y ella fué la que les confundió. Nuestro Señor, que no queria triunfar como un conquistador vulgar ni perecer como un codicioso, no quiso tampoco dejarles un pretesto para su mala fé, y les dijo: "Os lo digo, y no me creeis: las obras que Yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí; y Yo y el Padre somos una misma cosa." Al oir aquellas palabras los judíos, se prepararon para apedrearle porque le habian comprendido; pero necesitaban una confesion palmaria, necesitaban que la palabra que se habian propuesto arrancarle saliera de sus propios lábios. Jesus prosiguió diciendo: "Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre: ¿por cuál obra de ellas me apedreais?" A lo cual contestaron los judíos: "No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia: y porque tú, siendo hombre, te haces Dios á tí mismo."

Así, pues, ellos son los que pronuncian esa palabra, descubriendo á la vez el objeto con que le interrogaban á Jesus. Y Jesus quiso confirmar lo que ellos habian comprendido, diciéndoles: "¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije *Dioses sois*? Pues si llamó Dioses á aquellos á quienes vino la palabra de Dios, y la Escritura no puede

faltar, ¿cómo á Mí, que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís que blasfemo, porque he dicho, *soy hijo de Dios?* Si no hago las obras de mi Padre, no me creais; mas si las hago, aunque á Mí no me querais creer, creed á las obras, para que conozcais y creais que el Padre está en Mí, y Yo en el Padre."

Los judíos no quisieron discutir, y solo trataron de apoderarse de Jesus; pero Jesus se escapó de entre sus manos como ya lo habia hecho ántes, bien dejándoles inmóviles, bien haciéndose invisible, y salió fuera de Jerusalen.

CAPITULO XX.

La oveja.—La dracma.—El hijo pródigo.

Jesus fué mas allá del Jordan, al paraje en que Juan empezó á bautizar, y su bondad, que era siempre la misma, atrajo á su alrededor á la multitud de publicanos y de pecadores: á nadie rechazaba, y á todos instruia. Los fariseos, los doctores y los escribas, que tambien seguian siendo los mismos, continuaban echándole en cara su condescendencia con aquellas gentes humildes y de mala nota: "Ese hombre, decian, recibe á los pecadores y come con ellos."

Jesus respondió á esto con la parábola del pastor que deja su rebaño de cien ovejas para encontrar una de ellas que se ha estraviado, y por la de la mujer que se regocija porque encuentra su dracma perdida. Jesus dijo tambien á los fariseos que los ángeles de Dios en el cielo se regocijan mas por la conversion de un solo pecador que por la entrada de noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia; y á fin de que adquieran una idea mas justa aún de las munificencias de la misericordia divina, les propuso la parábola del hijo pródigo, parábola en la que el corazon del padre de familias se manifiesta por medio de rasgos tan conmovedores. Y, sin embargo, nosotros sabemos que aun escede á eso el amor de Dios y el amor del Salvador, porque el padre de la parábola espera á su hijo; pero Dios, el verdadero Padre, llama al pecador en medio de sus desórdenes, le insta para que vuelva, le asegura su perdon, y va á buscarle El mismo. Esto es lo que Jesucristo ha hecho, y ¡por cuántos caminos ha pasado para alcanzar al ingrato!

Estas tres parábolas tienen entre sí muchas analogías, é importa conocer su sentido.

Las cien ovejas de la primera parábola representan el dominio universal de Dios. El número ciento es el número perfecto que representa la totalidad de las criaturas, y la oveja perdida es el género humano. El Hijo de Dios, el buen Pastor, deja en el cielo el rebaño fiel, desciende á la tierra, y, habiendo encontrado á su oveja, no la castiga ni la vuelve al rebaño por medio del látigo del mercenario ó el diente de los perros, sino que la carga sobre sus espaldas. Jesucristo ha cargado así con el género humano, ha encontrado lo que habia perdido, y así como el pastor llama á sus amigos y á sus vecinos, Jesus llama á sus Santos y á sus Angeles, y les dice: "Regocijaos conmigo." No les dice regocijaos con la oveja descarriada, sino regocijaos conmigo, porque segun lo observa San Ambrosio, nuestra vida y nuestra vuelta al cielo forman su alegría.

La parábola de la oveja nos enseña que somos las criaturas de Dios, y que le pertenecemos; y la parábola de la dracma nos enseña ademas que hemos sido formados á su imágen y semejanza, porque la dracma, moneda real, lleva la figura del Rey. La mujer que busca la dracma que ha perdido, lleva en su mano una lámpara encendida; y Jesus es la Divinidad en una carne mortal, como la mujer es la Iglesia que tiene en su mano la luz de Jesucristo, la doctrina de verdad: con la claridad de aquella lámpara inmortal, y por el vigor de su fé en el misterio de la Encarnacion, la Iglesia triunfa de las tinieblas de la noche, la Iglesia busca sin cesar, y para purificarla, al alma estraviada, y si la encuentra, su alegría es grande, regocijándose con ella todos sus hijos. En aquella mujer que *barre* se reconoce á aquel de quien San Juan Bautista dijo: "Cogerá su espiga y la limpiará, llevando el grano á su granero, y arrojando la paja al fuego inestinguible."

El mismo sentido vuelve á aparecer, pero aun con mas estension, en la parábola del hijo pródigo. En ella se ve mejor la falta del pecador, y por tanto se siente mejor la misericordia de que es objeto. Hasta entónces, Dios parecia no buscar mas que lo que es suyo; pero aquí vemos su amor, que es mas fuerte que la ingratitud del hombre, Esa parábola encierra tambien otra gran leccion respecto de los judíos: su dureza y su envidia se pintan vivamente, y su vuelta á la fé se predice de nuevo.

Los dos hijos representan á los dos pueblos: el primogénito se queda en la casa paterna, el otro reclama su patrimonio, lo recibe y se marcha, como el pueblo judaico guarda el culto del Dios único mién-